

ALEXIS DE TOCQUEVILLE Y LOS PROBLEMAS DE NUESTRA DEMOCRACIA

Ángel Rivero

Universidad Autónoma de Madrid

Barcelona, Club Tocqueville, 27 de septiembre de 2019

Sería una pretensión descabellada pensar que lo que escribió Alexis de Tocqueville (1805-1859) hace casi doscientos años pudiera constituir una guía sobre los problemas de nuestro presente. Tal actitud sería además completamente opuesta al espíritu de Tocqueville que en sus obras siempre mantiene una diferenciación en tensión, distinguiendo las inclinaciones de su corazón, la vinculación con la sociedad aristocrática del Antiguo Régimen, de la que su familia formaba parte de la clase directora; y el juicio limpio de la razón que busca escrutar en el presente las líneas que dirigen hacia el futuro. Si Tocqueville escribiera hoy de nuevo sobre la democracia, lo haría siguiendo esta misma actitud, separando su inclinación emocional del juicio observador minucioso de la realidad. Es decir, separando lo emocional de lo práctico para así dar un diagnóstico útil sobre el presente. Me parece que esta actitud es la lección principal que podemos extraer de Tocqueville si nos preocupa la democracia que protege la libertad, nuestra democracia.

Alexis de Tocqueville llegó al Nueva York en 1831. La razón de ese viaje, en el que le acompañaba su amigo Gustave de Beaumont, era tomar distancia de una Francia convulsa en la que sus lealtades familiares, su corazón, estaba anudado al viejo orden de la restauración borbónica que acababa de desplomarse y su razón le anunciaba que un nuevo orden social, moderno, se afirmaba ahora sí de forma imparable. De modo que, aunque el viaje tenía como propósito oficial el estudio del sistema penitenciario americano, la razón más profunda, más vital, existencial, de la visita era saber cómo es verdaderamente una sociedad moderna e, implícitamente, cuál sería el futuro que esperaba a Francia. Porque Tocqueville arrastraba consigo la convicción de que la floreciente república americana marcaba de forma indubitable el futuro de la humanidad, esto es, también de Francia, y si este futuro quería conocerse, nada más natural que viajar en el tiempo, cruzando el Atlántico. Por tanto, Tocqueville viajó a Estados Unidos para conocer el futuro de Francia.

Ciertamente, este viaje en el tiempo no era completamente un viaje a lo desconocido. Tocqueville entretuvo la travesía haciendo un estudio pormenorizado de la bibliografía relevante sobre el sistema político de los EE.UU. de forma que la América política le era perfectamente familiar para cuando desembarcó. Sin embargo, lo que desconocía, y lo que le sorprendió de forma extraordinaria, era la sociedad americana misma, lo que no estaba en los libros. Y si le sorprendió profundísimamente, no fue sólo por el encuentro con lo desconocido sino, sobre todo, con lo completamente inesperado.

La sociedad que se iba formando en Francia desde la Revolución, en medio de la truculencia de golpes de Estado, guerras, restauraciones y más revoluciones, afirmaba de forma constante la tendencia de una preponderancia absoluta del Estado y una igualdad también creciente y constante de las condiciones. En este mundo moderno desaparecían necesariamente todas las distinciones tradicionales, todas las autoridades intermedias y también, sobre todo, la autoridad

de la religión. Es decir, para Tocqueville la sociedad moderna se anunciaba como el despliegue de un enorme poder centralizado en un soberano que no encontraba ningún contrapeso social. En particular, visto desde Francia, el mundo moderno que se avecinaba era uno de igualdad absoluta bajo la omnipotencia del Estado y en el que la religión misma desaparecería como un vestigio de la sociedad del pasado. Pues la religión, en tanto afirmación de una autoridad independiente del Estado, estaba condenada irremediablemente a desaparecer.

De modo que la preocupación fundamental de Tocqueville era saber si en las sociedades democráticas puede haber algún tipo de poder social que embride el inmenso poder de un Estado cuando las condiciones de todos los miembros de su sociedad se han igualado. Como veremos, Tocqueville encontrará esos frenos necesarios a la soberanía del Estado, puesto que permiten la libertad, en un remedo de las autoridades intermedias del Antiguo Régimen, donde el papel de mesogobierno de la nobleza es ocupado por las asociaciones de la “sociedad civil”. Si en el pasado “sociedad civil” hacía referencia a la vida colectiva, política, de los hombres, Tocqueville infundirá un nuevo significado al concepto al entender la sociedad civil no ya como la sociedad política, la definición tradicional, sino como la mirada de asociaciones voluntarias propias de la sociedad democrática, mediante las cuales los individuos vencen su particularismo y generan un tipo de autoridad que acrecienta su poder individual y que limita el ejercicio absoluto de la soberanía política y social. Estas asociaciones como contrapoderes sociales tenían sus representantes más visibles en las religiones y los periódicos.

Cuando Tocqueville llegó a América encontró, junto con la esperada igualdad de las condiciones, propia de una sociedad moderna, lo que él denominará la *sociedad democrática*; la enorme sorpresa de una sociedad profundamente religiosa: la sociedad más libre, la más moderna era, paradójicamente, también aquella en la que la religión gozaba de una existencia más lozana. Para Tocqueville este hallazgo fue doblemente feliz. Por una parte, porque su corazón tradicional, legitimista, valoraba de forma profunda la religión por su valor intrínseco. La religión hace mejores a los hombres porque les ofrece esperanza y alicientes para la mejora y la superación. En ausencia de religión, los hombres se convierten en esclavos triviales de sus pasiones materiales. Una sociedad moderna sin religión sería indefectiblemente una sociedad sin belleza y sin afán de mejora. Por tanto, Tocqueville, agnóstico él mismo, tenía una predisposición positiva hacia la religión que se alegró ante el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Además, descubrió la también sorprendente novedad de que la religión es fundamental en el mantenimiento de la libertad. En una sociedad sin autoridades intermedias, donde nada se interpone entre el Estado omnipotente y unos individuos aislados en su individualismo, que cultivan con fruición el goce de bienes particulares, la religión era no sólo un freno moral a esta tendencia disgregadora de la sociedad sino un instrumento de agregación que producía el doble efecto de la cohesión electiva y de la creación de una esfera de sociedad civil independiente que actúa como freno y control del poder del Estado. De modo que, en una sociedad moderna, a través del principio de separación de las iglesias del Estado, estas encontraban el terreno propio en el que progresar en la vida social y, al hacerlo, generaban un instrumento útil con el que poner freno a la tiranía del Estado, pero también a la tiranía de la sociedad. Las religiones así se volvían instrumentales para la defensa de la libertad en las sociedades modernas.

Es importante que para Tocqueville el valor de las religiones no radica principalmente en su mensaje trascendente (aunque este es importante para la mejora social) sino sobre todo en su valor como asociaciones. Tocqueville hizo notar que en América había un arte de la asociación y que las asociaciones tenían una función democrática elemental porque creaban capital social,

permitían la deliberación y protegían a las minorías. Pero, sobre todo, enfatiza que el propósito primero de la asociación es proteger la libertad frente a un Estado expansivo y frente a la tiranía de la mayoría: “la libertad de asociación se ha convertido en la garantía necesaria frente a la tiranía de la mayoría”. Para él, la libertad moderna depende esencialmente de la fragmentación de la comunidad política a través de los controles y equilibrios constitucionales, de la separación de poderes, del sistema federal y de las asociaciones de la sociedad civil.

Así pues, las religiones son valiosas en la democracia en tanto asociaciones de la sociedad civil y el pluralismo religioso es valioso en tanto garantía de libertad. De modo que, si el arte de la asociación es importante por varios motivos, lo es sobre todo porque realiza la función básica de crear fragmentación en una comunidad de iguales donde la opinión mayoritaria aplastaría toda disidencia. Esta sociedad civil formada por asociaciones se convierte en un instrumento que dotando de poder a los individuos de otra manera aislados evita el control del Estado y limita el poder de éste y de la mayoría.

Un papel parecido otorga Tocqueville a los periódicos en la sociedad americana (Tocqueville, 1835, l. 1, c. II). Para empezar, nos dice que no concede un valor absoluto a la libertad de prensa, y que no la considera algo valioso en sí mismo, por su naturaleza. Si le parece buena es en relación a los males que evita más que a los bienes que proporciona. La observación me parece relevante hoy día cuando tantos hacen una apología del valor absoluto de la libertad de prensa entendida como un derecho a ofender, insultar e imponer su sectarismo por encima de toda consideración, y olvidan que la libertad de prensa tiene sobre todo un valor instrumental en la defensa de la libertad. Tocqueville nos explica que los periodistas en los Estados Unidos son gente, por lo general, de humilde condición, de escasa educación y de mente más bien vulgar; que la voluntad de la mayoría es la ley más general de la sociedad y que establece normas que todo el mundo ha de cumplir. Así, el periodismo americano se caracteriza por una apelación abierta y desvergonzada a las pasiones de sus lectores; por una falta de principios absoluta que les faculta para invadir la vida privada de los individuos y desvelar todas sus debilidades y vicios; y sentencia que nada puede ser más deplorable que este abuso. En pocas palabras, Tocqueville tiene una pésima opinión acerca de la calidad de la prensa de los Estados Unidos, pero esta mala calidad hace de ella, paradójicamente, un instrumento crucial para la libertad en la democracia.

Desde luego, el poder de la prensa es inmenso en América, pero es positivo en tanto vivifica la vida política extendiéndola a todos los rincones de su vasto territorio. Es el ojo que escruta todos los propósitos políticos y que convoca a todos los políticos, de cualquier partido, para ser juzgados por la opinión pública. Además, agrega los intereses dispersos en la sociedad en torno a los principios y creencias de cada partido; y permite una comunión de intereses entre aquellos que están distantes y que no pueden entrar en contacto. Cuando distintos periódicos adoptan una misma posición su influencia se hace irresistible: en los Estados Unidos cada periódico por separado ejerce poca autoridad, pero el poder de la prensa solo es superado por el del pueblo.

Por tanto, para Tocqueville los periódicos son medios de masas en la creación de opinión pública. Pero ha de observarse que, si los medios son manifestaciones del público, también son agentes de creación de opinión pública. Esta ambigüedad queda iluminada si atendemos a qué entendía Tocqueville por opinión pública: en las naciones democráticas el público posee un poder singular que ninguna nación aristocrática puede siquiera concebir. En lugar de persuadir al pueblo de sus creencias, las impone, permea el alma de los hombres con ellas a través de la poderosa presión que el espíritu de todos ejerce sobre la inteligencia de cada uno. Por tanto, la prensa en Estados Unidos realiza las funciones comunicativas que son esenciales para el

funcionamiento de la democracia, pero, al mismo tiempo, los medios son una amenaza para la libertad de los individuos en la que medida en que son, después del pueblo, el principal poder. Y dado que en determinadas circunstancias la prensa es capaz de crear opinión pública, la prensa puede tomar parte en la “tiranía de la mayoría” (un concepto de Tocqueville del que me ocuparé más adelante).

Pero como siempre ocurre en Tocqueville, nada sirve a un único propósito. Así, cuando se ocupa del tema “de la relación entre las asociaciones públicas y los periódicos” hace notar que cuando los hombres ya no están unidos entre sí por lazos firmes y duraderos resulta imposible conseguir la cooperación de un gran número a menos que se persuade a cada hombre cuya ayuda se precisa de que su interés privado le obliga a unir voluntariamente sus esfuerzos a los esfuerzos de otros. Esto solo se puede hacer de forma eficiente por medio de un periódico. Solo el periódico puede brindar el mismo pensamiento a miles de personas al mismo tiempo. El periódico es un consejero invisible pero que se presenta cada día señalándonos el bien común sin distraernos de nuestros asuntos privados (Tocqueville, 1840, L.2, 2ª, VI)

De este modo Tocqueville concluye que los periódicos son tanto más necesarios cuanto más iguales se hacen los hombres y cuando el individualismo se hace más temible. Pensar que únicamente protegen la libertad es minusvalorar su importancia: sostienen la civilización. Y continúa este razonamiento diciendo: no negaré que en los países democráticos los periódicos, con frecuencia, empujan a los ciudadanos hacia cosas reprobables, pero si no hubiera periódicos no habría actividad común. El mal que producen es por tanto mucho menor que la cura que proporcionan. El periódico los junta y es necesario para mantenerlos unidos. Para que una asociación tenga poder en un pueblo democrático tiene que tener un cuerpo numeroso y para comunicar a personas distantes, el periódico es esencial de modo que difícilmente una asociación democrática puede prescindir de los periódicos: de modo que hay una conexión necesaria entre las asociaciones públicas y los periódicos. Los periódicos crean las asociaciones y las asociaciones crean los periódicos.

Quizá no se perciba a primera vista la originalidad de Tocqueville. Para él, como para los clásicos, la democracia es una forma despótica de gobierno que sacrifica a los individuos en favor de una voluntad colectiva. La sociedad moderna le parece que encarna de nuevo esta manera de entender la democracia porque se caracteriza por la igualdad entre sus miembros y por la dominación de una opinión pública expresión de una voluntad general que encuentra su expresión política en un Estado centralizador del poder político. A esto lo denomina la democracia *social*, caracterizada por la pulsión de la “tiranía de la mayoría”. Tocqueville trastoca aquí de nuevo el vocabulario político clásico porque asocia la tiranía, el gobierno despótico de uno, a la mayoría. Podía haber utilizado sin más la palabra democracia en su sentido original pero la tiranía de la mayoría apuntaría, en la percepción de Tocqueville, a esa voluntad unificada propia de las sociedades de masas que actúan como un único sujeto soberano. La protección frente a esta tiranía de la mayoría viene de la democracia *política*: controles, equilibrios; separación de poderes; derechos individuales; representación política; federalismo. Pero también a la creación de una nueva sociedad *civil*.

En los clásicos la sociedad civil era la sociedad política, esto es, los hombres viviendo juntos en dependencia frente al estado de naturaleza, donde los hombres vivían aislados pero libres. En Tocqueville el espacio de la vida humana queda definido de una manera nueva: está el ámbito privado; y el ámbito político. Pero hay un tercer espacio, la sociedad civil donde las personas de

una misma sociedad se agrupan en grupos diversos y la fragmentan en múltiples intereses. La libertad necesita en las sociedades democráticas de instituciones política, la democracia liberal, pero también de un tipo de sociedad pluralista, fragmentada, que es aquella creada por las asociaciones. Este mensaje de Tocqueville ha tenido una influencia duradera sobre nuestra comprensión contemporánea de la democracia y nos da pautas sobre cómo defender la libertad en nuestra democracia.

John Stuart Mill explica en su *Autobiografía* cómo la lectura de *La democracia en América* de Tocqueville transformó radicalmente sus concepciones políticas. De ser un firme partidario de la democracia *pura*, esto es, de la democracia radical, este libro lo convirtió en defensor del *gobierno representativo*, es decir, de la democracia liberal. El contexto de esta epifanía es crucial porque con la reforma del sufragio en el Reino Unido, contemporánea a la publicación del primer volumen de la obra de Tocqueville, la idea de una revolución planeaba sobre Gran Bretaña y los “radicales filósofos” del partido Whigg la deseaban.

Para Mill, este cambio profundo operado en su pensamiento lo desencadenó esta obra al unirse en ella los valores de la democracia con los del gobierno constitucional o limitado, mediante el ejemplo de un caso real, los Estados Unidos de América. Tocqueville había logrado asociar los valores igualitarios propios del gobierno popular con la protección de los derechos individuales propia del liberalismo. Para ello, recurría a un estilo de argumentación extraordinario, inédito y muy persuasivo. Por una parte, nos presenta, con un detalle cómo no se había visto hasta entonces ni en el partidario más entusiasta de la democracia, las excelencias del gobierno popular. Por otra, de forma no menos puntillosa, se nos enumeran todos los peligros a los que nos expone el gobierno de la mayoría. En suma, se nos presentan la cara y la cruz de la democracia.

Esto explica la paradoja de que el libro haya tenido, desde siempre, partidarios y detractores tanto en el campo liberal como en el conservador, según atendieran a las virtudes o a los vicios de la democracia que allí aparecen enumerados. Pero esto no quiere decir que Tocqueville se inhiba o que sea, como muchos han creído, únicamente un crítico de la democracia.

El propio Mill intervino públicamente para refutar esta lectura conservadora de la obra del francés. Así, en su reseña del segundo tomo de *La democracia*, publicada en 1840, arremete contra Sir Robert Peel, heraldo del partido conservador, que se felicitaba de que Tocqueville hubiera acabado para siempre con la democracia y con América y recomendaba su lectura encarecidamente a sus correligionarios. Peel, no hay duda, no había entendido ni el libro ni su propósito. Como el mismo Tocqueville nos deja muy claro en la introducción al primer tomo, él no ha querido tomar partido sino pensar en el porvenir. Por tanto, esta obra no está, en modo alguno, dirigida contra la democracia.

Pero tampoco es indiferente. El porvenir, para Tocqueville, no era cosa vacía, sino que rebotaba de contenido y éste no era otro que una sociedad democrática. Esa sociedad democrática ya se había establecido en América del Norte y, según nuestro autor, a no tardar lo haría en Francia. De este modo, si la llegada de la sociedad democrática a su propio país era sólo cuestión de tiempo, esto es, si el porvenir ya estaba escrito, lo verdaderamente importante, el propósito que habría de merecer nuestros esfuerzos mejores, debía ser el de anticipar cómo podríamos alcanzar la libertad democrática orillando, de esta forma, la tiranía democrática.

La elección fundamental que planteaba Tocqueville no era, por tanto, democracia sí o democracia no. El porvenir, lo queramos o no, será democrático. De lo que se trata es de saber cómo salvar la libertad en un mundo que, inexorablemente, estará dominado por la democracia. Como el mismo Mill vio muy bien, la democracia, para Tocqueville, es un estadio inevitable en el desarrollo humano y, por tanto, lo prudente es estudiarla, ver sus puntos débiles, determinar sus fundamentos, alumbrar los correctivos que permitan la manifestación mayor de sus tendencias benéficas y establecer mecanismos que neutralicen o mitiguen sus malas inclinaciones. Nuestro autor no puede ser más claro al decirnos, en la advertencia que precede al segundo tomo del libro, “que por no ser enemigo de la democracia he querido exponer su verdad. Los hombres rechazan la verdad cuando viene de sus enemigos, y sus amigos apenas se la dicen; por eso yo se las he mostrado”. Así pues, Tocqueville sería más bien el amigo de la democracia que arrostra con coraje el verbalizar sus vicios para que puedan corregirse.

Como señalé al principio, Tocqueville estaba muy convencido de que el porvenir podía conocerse y que para ello no hacía falta desplazarse en el tiempo. Bastaba con cruzar el océano Atlántico. América o, con mayor propiedad, los Estados Unidos de América, eran en sí mismos la anticipación de una sociedad democrática. En su advertencia a la edición de 1848, Tocqueville nos señala que los problemas que enfrenta entonces Francia habían sido abordados en Norteamérica muchos años antes. En dicho país, “ese principio de la soberanía del pueblo, entronizado tan recientemente entre nosotros, reina allí sin discusión y se ha puesto en práctica de la manera más directa, más ilimitada, más absoluta. Desde hace sesenta años, el pueblo que lo ha convertido en el principio común de todas sus leyes crece incesantemente en población, en territorio, en riqueza, y, tenedlo en cuenta, durante este período no sólo ha sido el más próspero, sino también el más estable de la tierra”.

El estudioso y político francés, sin embargo, no buscaba que se importaran de forma mecánica las instituciones norteamericanas. Quería, por el contrario, que se estudiaran con detalle, de forma que el porvenir no quedara a merced de fuerzas incontroladas, sino que se sujetara al juicio y a la elección de los individuos. No obstante, aunque las instituciones americanas, que tan buen resultado han dado, en su opinión, no pueden trasladarse sin más, sí que hay en las mismas algo de carácter universal: los principios en los que descansan son válidos para toda sociedad democrática, tienen aplicación universal. Y estos principios necesarios para cualquier república son el orden, la limitación de los poderes, la libertad verdadera y el respeto a la ley.

Tocqueville había visitado los Estados Unidos entre 1831 y 1832 con su inseparable amigo Gustave de Beaumont. El propósito oficial del viaje de ambos era estudiar el sistema penitenciario de los Estados Unidos y, de regreso en su patria, en 1833, publicaron de forma conjunta y en consonancia con dicha razón *Du système pénitentiare aux États-Unis et de son application en France*. Pero como ya insinué sus intereses eran más amplios. Ambos querían conocer en profundidad la sociedad americana. Tocqueville quería saber cómo se podía preservar la sagrada libertad en una sociedad democrática. Beaumont, por su parte, plasmó sus impresiones en la novela *Marie ou l'esclavage aux États-Unis: Tableau des moeurs américaines*.

En 1835 apareció la primera parte de *La democracia en América*, dedicada al estudio, en palabras de Tocqueville, a la fisonomía política de la sociedad americana. La segunda parte, aparecida en 1840, estaba dedicada, también según él, a los rasgos de la sociedad civil americana. Pero lo

cierto es que esto no es exactamente así. La primera parte está dedicada intensamente al estudio de la sociedad y la política norteamericanas y la segunda se aleja mucho de América para convertirse en una reflexión universal e intemporal sobre la democracia moderna. Más aún, con el paso del tiempo los dos volúmenes han adquirido este último tono.

Durante el siglo XIX, Tocqueville alcanzó su mayor gloria al poco de su muerte. Entonces, en un momento de hegemonía liberal, cuando el sufragio universal se abría paso en Europa, se le vio como un mártir de la causa de la libertad. Sin embargo, en los últimos años del siglo su prestigio e incluso su nombre quedaron casi olvidados. James Bryce, ya en 1887, criticó con dureza los defectos del libro de Tocqueville. Para Bryce el libro era valioso si se considera como un repertorio de observaciones penetrantes e ingeniosas, pero pésimo si se tomaba como la descripción de un sistema político. Para él, Tocqueville había cometido muchos errores: su pensamiento estaba predispuesto en su búsqueda y sus observaciones, lejos de condicionarlo refutando hipótesis erradas, únicamente le servían de ilustración y corroboración; carecía de preparación para la tarea que se había encomendado, no conocía suficientemente América y mucho menos Inglaterra; estaba demasiado obsesionado con Francia, al punto que una buena porción de sus observaciones sólo tienen sentido si se tiene esto en cuenta; por último, la imagen que se había creado de la democracia era completamente irreal.

Así pues, para Bryce, el libro ni siquiera sería un estudio sobre los Estados Unidos de América: “*La democracia en América* no es tanto un estudio político como una obra edificante. Es una advertencia a Francia para que acomode sus instituciones políticas a su condición social, para que plante unos cimientos morales y religiosos para su vida nacional, para que levante un tejido de doctrina social”.

Para Bryce la primera parte aún mantendría el valor de registrar algunos hechos interesantes, pero la segunda, en su abstracción, en su soberbia al querer construir una teoría general aplicable a todas las sociedades humanas, en su aparente monotonía y en su vaguedad, le parecía irremediabilmente condenada. Lord Acton, por su parte, celebró que *The American Commonwealth*, del mentado James Bryce, hubiera sustituido, desde su aparición misma en 1888, a la obra de Tocqueville como *el* texto de referencia para conocer el sistema político americano y no dejó pasar la ocasión para lanzar alguna puya al francés: “dicen que Tocqueville no llegó a entender la constitución federal (...) que la mayor parte de sus observaciones las sacó de obras americanas (...) y que hasta el embajador francés en Washington calificó su libro como *intéressant mais fort peu exact*”.

Tocqueville había pasado de moda, resultaba demasiado abstracto y moralizante para una generación que entendía el conocimiento como la organización sistemática de datos. Sin embargo, de forma casi inexplicable, el interés por Tocqueville renació con fuerza en el siglo XX y hoy es mayor que nunca. ¿Cómo se explica esto?

Probablemente, si *La democracia en América* hubiera sido el libro que Bryce y Acton esperaban, un estudio de ciencia política sobre el sistema americano, nunca habría alcanzado la enorme difusión que obtuvo en el momento de su publicación y ya se habría marchitado para siempre el interés por esta obra. El éxito de Tocqueville es el de haber anticipado en sus reflexiones muchos de los problemas que las sociedades modernas han encontrado en el siglo XX. Por eso es mérito de Mill el haber entendido, desde el principio, que el valor principal de la obra del

francés radicaba en ser, precisamente, una reflexión filosófica sobre la *sociedad* democrática.

La democracia de Tocqueville no es meramente un sistema político, es sobre todo un tipo de sociedad cuyo valor primero es la igualdad. Este valor superior de la igualdad entraña cambios profundos y novedosos en las sociedades: individualismo, desaparición de las autoridades sociales, materialismo, apatía y atomización de la sociedad. Todo ello puede conducir a una nueva forma de despotismo, *la tiranía de la mayoría*. Lo novedoso de este despotismo es que no se ejerce mediante la violencia o la fuerza. Basta para que se afirme con el temor a discrepar frente a la hegemónica opinión pública o con la pasividad del individuo moderno refugiado en su privacidad, su materialismo o su temor a la incertidumbre. Se trata del despotismo de un mundo crecientemente homogéneo donde cualquier diferencia se ahoga ante la presión de la mayoría uniformada. La novedad y el éxito de Tocqueville radica en anticipar estos rasgos de las sociedades modernas, en vislumbrar el totalitarismo al que pueden asociarse y en buscar, en medio de este horizonte, los resortes para salvaguardar la libertad.

Los rasgos sombríos de la sociedad democrática, descritos por Tocqueville en términos de *la tiranía de la mayoría*, son los que hicieron que John Stuart Mill vacilara en su fe política democrática radical. Los remedios, sin embargo, no pudieron complacerle más, pues las malas inclinaciones de una sociedad democrática se curan, para Tocqueville, con las herramientas de la democracia política liberal: gobierno limitado y responsable, división de poderes, descentralización y, sobre todo, una sociedad civil activa que, por medio de sus asociaciones, haga que los individuos aislados y atomizados ante el nuevo Leviatán, se doten de la fuerza necesaria para contenerlo.

Alexis de Tocqueville publicó en 1856 su obra *El Antiguo Régimen y la Revolución*. El título de la obra fue sugerido por alguien de la editorial de Michel Lévy, el gran editor de los liberales franceses de entonces, y refleja bien el tema que se trata en el mismo: las causas de la Revolución Francesa y, de forma más específica, la conexión entre el Antiguo Régimen y la Revolución. Sin embargo, el libro formaba parte de un proyecto mucho más amplio que, de haberse concluido, habría llevado por título *La Revolución*. Este proyecto no tenía la intención de ser una nueva historia de la revolución, cosa que le parecía ociosa, sino un estudio sobre su naturaleza. El proyectado estudio tendría dos partes. La primera, se ocuparía del análisis de la sociedad francesa anterior a la revolución; la segunda, buscaría penetrar en la sociedad nueva creada por la revolución misma y trataría de avizorar su futuro. La primera parte se publicó con el título antes referido; mientras que la segunda, no terminada, y de la que realizó meramente sus borradores, ha sido publicada bajo el título de «Inéditos sobre la Revolución».

El proyecto de un estudio sobre la revolución fue acometido en los últimos años de la vida de Tocqueville, en medio de la zozobra y de la enfermedad, de modo que en el prólogo a *El Antiguo Régimen y la Revolución*, al adivinar lo arduo de la tarea que se propone, dice: «parte de esta segunda obra está ya esbozada, pero es todavía indigna de ser ofrecida al público. ¿Me será dado terminarla? ¡Quién sabe! El destino de los individuos es más oscuro aún que el de los pueblos». Tocqueville no terminó la obra a la que dedicó más de quince años de trabajo y para la que estuvo investigando casi hasta el último de sus días. Pero, ¿por qué tanto esfuerzo? ¿qué buscaba Tocqueville en su estudio de la revolución?

Tocqueville, en los dos libros de *La democracia en América*, había hecho algo parecido a lo que

ahora se proponía: analizar una sociedad democrática moderna. El resultado del estudio mostraba las virtudes y defectos de una sociedad democrática atravesada por el principio de igualdad que, gracias a la democracia representativa, había conseguido salvaguardar también la libertad individual. Esto es, el mensaje era positivo: hay espacio para la libertad individual en una sociedad democrática.

Entonces y ahora, muchos lectores de *La democracia* entendieron que dicho estudio no estaba pensado tanto para los norteamericanos como para los franceses: a través del ejemplo de los Estados Unidos, Francia podría conjugar el inevitable igualitarismo de las sociedades modernas con la protección de la libertad. Sin embargo, con los años, el ánimo de Tocqueville se torna más sombrío y desespera al ver que el ejemplo de América no marca el camino de Francia y que ésta, de alguna manera, seguía atrapada en el igualitarismo de la revolución.

En particular, los sucesos revolucionarios de 1848-1851, le convencen de que Francia no sigue la senda de los Estados Unidos, sino que persevera, como en el Antiguo Régimen, en la aceptación del despotismo, claro que ahora de un despotismo distinto. El Antiguo Régimen, los cien años anteriores a la revolución, son un tiempo en el que se construye en Francia una vinculación orgánica entre la sociedad y el Estado. Es lo que Renan denomina el “molde de la nación”. Se trata de un período acuciado por la reforma y la modernización, marcado por la concentración del poder en la monarquía, la eliminación de los mesogobiernos y del pluralismo social y político, y que acaba en la tragedia de la Revolución. Lo que señala Tocqueville es, sin embargo, que la revolución no marca, como pensaba Burke, la destrucción completa de la vieja sociedad y la edificación de una obra nueva, sino que hay una continuidad entre el despotismo de la monarquía y el despotismo de la revolución. Como dice Tocqueville, “estaba convencido de que [los franceses], sin darse cuenta de ello, habían conservado del Antiguo Régimen la mayoría de los sentimientos, de los hábitos, e incluso de las ideas con cuya ayuda habían realizado la Revolución que lo destruyó” (...)

Sin embargo, “sin proponérselo, habían utilizado sus ruinas para construir el edificio de la nueva sociedad”. De modo que estos dos despotismos, y ésta es la aportación novedosa de Tocqueville aunque algunos la ven también en Chateaubriand, están enlazados por ideas y valores comunes que impulsan sin discontinuidad ambos momentos históricos. Para Tocqueville esos materiales despóticos rescatados del derribo del Antiguo Régimen y utilizados en la construcción de la sociedad de la Revolución son la centralización y las teorías abstractas sobre la igualdad social. Así nos dice que “si la centralización no pereció en la Revolución, fue porque ella misma era comienzo y signo de esa revolución, e incluso añadiré que, cuando un pueblo ha destruido en su seno la aristocracia, corre por sí mismo hacia la centralización, necesitándose entonces mucho menos esfuerzo para precipitarle hacia ella, que para contenerle. Todos los poderes tienden de modo natural en su seno hacia la unidad y se requiere un gran arte para lograr mantenerlos separados”. La centralización fue siempre para Tocqueville un obstáculo para el desarrollo de una democracia representativa, libre, en Francia.

En cuanto al gusto por las teorías abstractas y el valor de la igualdad social, Tocqueville nos señala que “se suele creer que las teorías destructivas hoy designadas con el nombre de socialismo son de origen reciente. Es un error (...) Leed el *Código de la Naturaleza* de Morelly, y en él hallaréis, junto a las doctrinas de los economistas sobre la omnipotencia del Estado y sus ilimitados derechos, muchas de las teorías políticas que más han horrorizado a Francia en estos últimos tiempos y cuyo nacimiento nos figuramos haber presenciado: la comunidad de bienes,

el derecho al trabajo, la igualdad absoluta, la uniformidad en todas las cosas, la regularidad mecánica en todos los movimientos de los individuos, la tiranía reglamentaria y la absorción completa de la personalidad de los ciudadanos por el cuerpo social (...). Hasta tal punto es cierto que la centralización y el socialismo son productos del mismo suelo; son uno respecto del otro, lo que el fruto cultivado es al silvestre”.

Se ha acusado a *El Antiguo Régimen y la Revolución* de ser un libro sin conclusiones. El reproche podría estar justificado al ser sólo la primera parte de una obra más amplia; sin embargo, una lectura del último capítulo del libro (L.III.cap.VIII) nos detalla de forma sumaria y en su intensa prosa, que el futuro de la libertad está comprometido en Francia, que la revolución se limitó a poner “la cabeza de la Libertad sobre un cuerpo servil” y que la pasión por la libertad ha sido superficial y pasajera, mientras que la “pasión por la igualdad sigue dominando los corazones de los que fue la primera en adueñarse”. En suma, el mensaje último de *El Antiguo Régimen y la Revolución*, un mensaje más universal que la preocupación por el futuro de la democracia en Francia, vendría a afirmar que sin pluralismo y sin pasión por la libertad no hay progreso para las sociedades modernas.

¿Cuál es pues el mensaje de Tocqueville sobre los problemas de nuestra democracia? En primer lugar, Tocqueville nos ha enseñado que los sentimientos no deben nublar nuestro juicio y que los procesos sociales y políticos deben ser estudiados con independencia de nuestra simpatía. De poco vale la nostalgia de un pasado democrático en el que el consenso dominaba el discurso político si lo que queremos es atender y comprender los desafíos del presente. En segundo lugar, Tocqueville nos habla con franqueza de los peligros de la democracia y, en particular, del tipo de despotismo nuevo que produce por la concentración de poder en un sujeto colosal cuya voluntad tiende a no tener freno: de ahí el valor de las instituciones democráticas, pero también de la sociedad civil y de la participación política que conjura el individualismo. Tocqueville de esta manera nos anticipa el populismo como endemismo propio de las sociedades democráticas; en tercer lugar, Tocqueville nos explica cómo una sociedad pluralista restaura en las condiciones modernas la poliarquía de las sociedades aristocráticas y lo hace sin idealismos: las creencias pero también los fanatismos, al igual que los malos periódicos son instrumentales en la protección de la libertad; esta observación nos ofrece algún consuelo en relación al panorama de degradación y fragmentación del periodismo contemporáneo. Por último, en el Tocqueville último hay una advertencia de que la igualdad a todo precio, sin pasión por la libertad, conduce necesariamente a la resurrección del viejo despotismo. Este mensaje, una crítica primera al socialismo, encontró su confirmación en el desarrollo de los experimentos comunistas. Es esta circunstancia, la que hizo que Raymond Aron rescatara a Tocqueville como un estudioso del presente mucho más acertado que Marx. Creo que estas cuatro lecciones siguen vivas y que tenerlas en cuenta nos ayudarán a encontrar el camino en medio de las tribulaciones presentes.

Ángel Rivero

Universidad Autónoma de Madrid

Barcelona, Club Tocqueville, 27 de septiembre de 2019